
Rocío Oviedo

Es poeta y Catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Complutense y doctora en Filología Hispánica y Periodismo. Desde su tesis doctoral en torno al periodismo de Fernández de Lizardi, la literatura mexicana ha sido objeto de su investigación. Entre otros autores, destacan los estudios dedicados a Octavio Paz (*México en la encrucijada*) así como la lírica contemporánea («Narciso en la laguna», «Poesía mexicana desde los años 30» en *Historia de la literatura hispanoamericana*, Trinidad Barrera ed.) y especialmente la poesía de José Emilio Pacheco. En el año 2002 conoció a Elena Poniatowska y desde entonces ha consolidado la investigación sobre la escritora («Palabra y tierra: entrevista a Elena Poniatowska», «Los cuerpos del disfraz. La narrativa de Elena Poniatowska») y una fecunda amistad.



Elena Poniatowska y Rocío Oviedo.

DAMA DE LAGUNA

ROCÍO OVIEDO

(A Elena Poniatowska)

La busca el amor por sus pupilas,
asedian sus lagos ojos inquietos
que asoman por los huecos de la calle.
Niños que requieren su calor y su reposo,
mujeres que rodean su estatura
y reclaman en la lucha su escritura.
Recoge su cobija para el débil
y enlaza por los brazos la justicia
y sacude su voz como un trofeo,
sorpresa de la flor en una página.

La persiguen, cogidos a su falda,
hombres inánimes, niños descalzos,
mujeres rotas, silenciadas,
quebradas por la vida y el rechazo
y se asoman a su página caldeada
y escuchan su cariño en su regazo...

Busca en la ley a los amores,
rastrea en la huella de los daños,
y logra en esa entrega, y admirada,
la radiante armonía de la aurora:
si llegara a alcanzar la luz del cielo
a raudales doblaría el despilfarro.

Ha parado en la estación de los afectos
los trenes enganchados de distancias
y ha enlazado con sonrisas de colores
la disputa y el abrazo de los sabios.

Lejanía de los mares y montañas
sus dedos han quebrado las cadenas
y atraen al amigo que se ausenta
y gravita como imán a sus miradas.
Cobertor de haz de luna y mano blanca:
aquieta en un susurro de cariño
el grito, rojo hasta la médula,
la verdad de las voces silenciadas.
Soledad que se recoge en su laguna
y nos da su reflejo en la palabra,
espejo en el que miran las águilas,
pájaro que extiende —imparable— las alas.

Su mirada de mar embravecido
encierra la verdad insatisfecha
y la eterna pregunta de los mundos
y el por qué continuado de los niños.
Y el por qué del dolor en la existencia,
Y el por qué tantos se han ido,
Y el por qué Dios no da respuesta.

Reduce al hombre culto en la ironía
y enreda las alturas de la ciencia
y nos gana con un gesto de cariño
y deshace con ternura la dureza.
Domadora de los daños solitarios,
caricia de justicias innombradas...
Sus ojos: dos lagunas que interrogan.
Dos lagunas en el aire bailarín de la nostalgia.

Amigos y críticos

